

La narración para educar: entre símbolo y cuento

Pedagogical narration: between symbols and tales

Stefano Salmeri

Università degli studi di Enna "Kore"
stefano.salmeri@unikore.it

ABSTRACT

Narrations and tales represent a form of dialogue and confrontation with life. This is because they allow the creation of some place where the domain of possibility and symbolism can meet with the concreteness of living. Indeed, narratives and art show facts as they could be, placing them in the domain of universality. Pedagogy, in its most open-minded and problematicist form, is the research of what is possible and the practice of what is impossible. Inside the narration diversity, which must be recognized and not rejected, becomes a motivation to promote a communal itinerary of growth, without any discriminations. In the tale, indeed, what is real and what is possible intertwine and rational dichotomies weaken, losing any efficiency. Finally, narration and pedagogy are neither closed nor definitive.

La narración y el cuento es un diálogo y una comparación con la vida, porque permiten el encuentro entre el plan de lo posible y de lo simbólico con lo concreto del vivir. En efecto, el cuento y el arte ofrecen los hechos como podrían ser, colocándolos en el terreno de lo universal. En su conjugación más abierta y problematizadora, la educación es la búsqueda de lo posible y la práctica de lo imposible. La diferencia, que no tendría que ser rechazada, sino reconocida, se convierte en estímulo para impulsar el crecimiento con todos, indiscriminadamente. En la narración, en efecto, lo verdadero y lo verosímil se enredan y las dicotomías de la razón se debilitan y pierden toda eficacia. La narración y la educación, al fin y al cabo, no tienen caracteres oscuros, ni definitivos.

KEYWORDS

Imagination, possibility, fantasy, creativity, concreteness.
Immaginazione, possibile, fantasia, creatività, concretezza.
Imaginación, posible, fantasía, creatividad, lo concreto.

La esencia del contar

La literatura para la infancia y para los jóvenes, el cuento de hadas, el cuento, y la novela, abren al joven lector los horizontes no solo de la imaginación, sino de lo fantástico, de lo prodigioso y de lo mítico, y también de lo verdadero y de lo verosímil, generando la unión de lo imposible con lo posible y realizando una auténtica unión de imaginación y de lo concreto, que impulsa la mente del niño/muchacho.

La palabra, el cuento y la narración evocan y dejan abiertas la interpretación y la oportunidad de investigar, navegando en un terreno creativo, simbólico y productivo de lo posible. Según dice Aristóteles, la historia describe la verdad y los acontecimientos, y por lo tanto se atiene a presentar la singularidad, la individualidad y la contingencia; la poética, en cambio, recoge y reproduce los hechos como pudieran ser, tiene una dimensión universal y trasciende la precariedad del *hic et nunc*, no teniendo como objeto lo verdadero, sino lo verosímil.

Los cuentos y la narración en general no son inocentes, ya que transmiten y poseen un mensaje. La capacidad del cuento de moldear la realidad cotidiana no se puede simplemente atribuir al esfuerzo de darle un sentido al mundo. En la narrativa se prevé y se impone una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que ha sido realmente. Es necesario que pase algo imprevisto, de lo contrario no habrá historia ni narración. El cuento desafía el concepto de lo ordinario y de lo habitual y es un medio no tanto para solucionar problemas, sino en cuanto para identificarlos y poner otros. Igualmente a la educación, el cuento tiene más una función de prevenir que de enseñar. En tal sentido, el cuento es moneda corriente de una cultura. De hecho la cultura narrándose y transformándose, crea el previsible horizonte del sentido, pero al mismo tiempo construye, deconstruye y atesora también lo que contraviene sus cánones y lo hace a través de procesos y mecanismos de transfiguración narrativa.

La narración produce el primer argumento simbólico del mundo circunstante y abastece modelos interpretativos, ofreciendo los materiales para estructurar y para consolidar la identidad. De esta manera es posible organizar las propias experiencias en construcciones narrativas, o sea, una versión de la realidad que no está producida y/o determinada por una verificación empírica o por la corrección lógica. Siendo ya expresiones de un patrimonio pretérito real o mítico, el cuento y la narración son, por lo tanto, también la profecía del pasado. Pero cuando se conectan a la educación, el cuento y la narración van transformándose en profecía del porvenir: encadenan el presente a sus actuales responsabilidades (siendo éstas también una consecuencia de las experiencias precedentes) y conllevan la necesidad de un impulso hacia el futuro.

1. Cuento e imaginación

Las modalidades fundamentales de pensamiento para la educación son dos: una lógico-científica y otra narrativa. La primera hace referencia a la explicación que se encausa dentro de unos criterios de causa/efecto. En lo concerniente a la segunda, los sujetos atribuyen valor y sentido a palabras, acciones y relaciones, valiéndose de una orientación que es al mismo tiempo hermenéutica y heurística, es decir por una interpretación del sentido *interno* (del texto oral o escrito) en relación a las intenciones, las elecciones, los deseos, las preferencias y los miedos que tienen.

El cuento se sirve de diferentes lenguajes, no solo verbales; pero, como para la educación, la palabra es su herramienta más importante y eficaz. La lengua posee tres características peculiares: la eficacia a distancia, la arbitrariedad y la gramática. Éstos son rasgos que permiten: *hablar de* y *evocar* cosas que no se encuentran bajo nuestros ojos, no hacer exacta referencia a su forma o a su dimensión, contraseñar, describir e interpretar el curso de los acontecimientos de la acción humana en sus diversas manifestaciones tanto en el plan de la praxis como en el de la conceptualización.

El pensamiento lógico-científico elabora y construye las teorías para explicar la realidad a través de leyes generales; el pensamiento narrativo, en cambio, organiza la experiencia poniendo en relación el pasado, el presente y el futuro, y percibiendo y siempre asimilando las conexiones entre los sujetos en los cambios sociales. La narración tiene su origen en la tendencia universal a transmitir a otros la propia experiencia de la realidad con el fin de ofrecer unas claves interpretativas de ésta.

Nuestra mente, en efecto, no puede separarse de los aspectos culturales procedentes del ambiente circunstante y transmitidos por medio de la educación. Los sujetos, como individuos y como comunidad, organizan los conocimientos y las significaciones predominantemente mediante esquematizaciones y sobre bases narrativas antes de tesis formales; remodelan y modifican, por tanto, el conocer y su sentido a partir de la comunicación con los otros en el plan del contar y del contar algo de sí mismo. La narración es, pues, enredo y cambio más de signos, significaciones, mensajes, imágenes y símbolos, que de objetos y contenidos. Nuestra mente comprende la idea de un coco, no un coco concretamente (Bateson, 1984) y como ya los Estoicos lo sabían, nosotros nos transmitimos los signos mentales (*lektà*) y así nos comprendimos y nos entendemos. Consecuentemente los asuntos tienen que ser interpretados para que se les hagan congruentes con las reglas de la moral vigente y con las elecciones de la vida social; y la narración dando forma y contenido a lo cotidiano, lo produce y se le restituye valor y sentido.

La imaginación, entendida como representación de los sentimientos y de las sensaciones de los otros y como narración educativa que *se funda en y se sirve de* ella, puede ayudar a superar también el obstáculo y la resistencia que se van creando ante el diferente, el ajeno, el marginal, el apátrida, el extranjero, el minusválido, el anciano, y la diversidad en sus múltiples representaciones. Así el cuento se convierte en paradigma de comparación que permite entrar en relación dialogística. De hecho, la imaginación evoca la presencia de la alteridad: para corroborar su carácter de semejanza y proximidad, para recordar que necesita ayuda, para confirmar su capacidad de ser un medio que da felicidad. El cuento, además, expresa la memoria permitiéndole mantenerse viva y atenta: recordamos la tragedia de la *Shoah*, trazando un relato escrito, mientras tenemos un recuerdo borroso del genocidio de los gitanos, que también fue cometido por los nazis (Salmeri, 2008).

En general, la narración recuerda a la función de educar, según las palabras de Séneca, por una parte: «*los hombres aprenden mientras enseñan*» y de Paulo Freire, por otra: «*no hay enseñanza sin aprendizaje*». La narración para niños y jóvenes permite mantener abierta una pregunta que suena como una amonestación a la pedagogía: «*¿dónde está el conocimiento que hemos convertido en información?*» con el objeto de volcarla y rechazarla. En efecto, para la formación, el sujeto de la educación es siempre el individuo, al cual nunca se le puede atribuir la norma impersonal. Narrar es representar y penetrar, contaminar y adentrarse en los recovecos más íntimos y profundos de la vivencia, la cual, a su vez, es un presente cargado de pasado que anhela al porvenir.

2. Narración, cultura, educación

Las modalidades del contar mudan con el cambio de los tiempos, pero narrar se queda siempre como la representación de las vidas. Por medio de la narración, por lo tanto, el hecho de educar adopta la fisionomía de una red de experiencias realmente compartidas y es crecimiento en un diálogo capaz de convertirse en proyecto y espera de un porvenir y de un cambio, tanto en singular como en plural. La narración, en efecto, activa el sentido de la reciprocidad que llega a ser relación educativa y lleva a interrogarse sobre el papel y la función del Yo: en esa proyección hacia el futuro (presente en la pedagogía democrática y progresista) central es el sujeto tanto como individuo, como grupo, como sociedad (Salmeri, 2011).

Cultura es compromiso y trabajo. Solo a través del duro esfuerzo y el duro trabajo cotidiano y sistemático se puede salir de la que Joyce llamaba «*epifanía del ordinario*» de una sociedad, en la cual «*lo sabemos todo, sin haber aprendido nada*». La narración, mediante la imaginación y la fantasía, activa la interpretación, privilegia el pensamiento procedimental y plural, evita cerrarse en un pensamiento monolítico y unidimensional del contingente, que hace aprender solo las habilidades prácticas y operativas, las cuales son útiles exclusivamente para responder a las leyes del mercado y del consumismo. La palabra, la narración y la imaginación dejan la puerta abierta a nuevos caminos que tanto los individuos como la entera comunidad tendrían que recorrer y conocer.

De ahí que sea oportuno y necesario que la narración se coloque de nuevo en el centro y que esté en posición dominante en la educación y en el campo de la comunicación. Solo así las palabras tendrán funciones y valores, identificando las secuencias de unos símbolos capaces de componer y recomponer significados, conocimientos, sistemas y esquemas que de sentido. La estructuración de la escritura y de la narración, así como las normas de la construcción lingüística exprimen e interpretan un universo ordenado y complejo de signos, mensajes y símbolos. Ese universo tiene la capacidad de recalcar el ritmo de la nomotética y de la regularidad del real, del devenir y del hacerse del mundo. Por medio de las reglas del lenguaje, los pensamientos más articulados, complejos y profundos pueden encontrar y hacer oír sus voces; el caos emotivo se convierte en algo comprensible y comunicable por intervención de la secuencia lingüística (piénsese en el *setting* psicoanalítico y en arte y/o literatura, en el teatro del absurdo y a la novela novecentista en general); la palabra liberando encadena, desatando una, formando entrelazamientos entre lo visible y lo invisible, lo dicho y lo no dicho, lo contingente y lo imponderable, lo perfecto y lo infinito, se convierte en unión de los contrarios, según un diálogo siempre problemáticamente abierto hacia lo posible.

Cuando se restituya valor, fuerza y eficacia a la palabra y al contar, se le da voz y sentido a los mecanismos que han permitido interiorizar el mundo a cada sujeto. El lenguaje y el contar encarnan e interpretan una necesidad funcional y congénita de la naturaleza humana, y ofrecen a la existencia una estructura discursiva y narrativa que permite hablar con uno mismo, argumentar sobre sí mismo, dialogar con el otro y hablar del otro.

Gracias a la palabra se entiende y se define la relación con el mundo, con uno mismo y con el tiempo. Según Bergson el camino que el hombre recorre en el tiempo está cuajado de todos los fragmentos de todo lo que empezaba a ser y de todo lo que hubiéramos podido llegar a ser. De ahí que, para un sujeto consciente, existir signifique mudar. Mudar, pero, quiere decir madurar y madurar es creación a lo infinito. La memoria, la palabra y la narración, por lo tanto, desempeñan un papel fundamental, fundante y fundativo (Bruner, 2002). El lenguaje, la cultura, el

contar y el dominio de los saberes guían, orientan y envían el hombre hacia el conocimiento crítico, la gestión de las informaciones, y la reelaboración de los elementos adquiridos, promoviendo el diálogo y la consolidación del espíritu y de las actitudes democráticas.

Narrar, por consiguiente, es recuperar uno mismo y volver sobre sí mediante un diálogo, que, a su vez, es una apertura total hacia la alteridad. En este sentido, bajo un perfil narrativo, la vuelta es lo que da significado a la novela. En la vuelta la transformación es implícita. De la *Odisea* al *Don Quijote* a *Pinocho*, la vuelta representa el límite que destruye la aventura, cancela la tensión narrativa y anula la diferencia: las Moiras ineluctables, la locura y la anomalía de ser una marioneta de madera colocan cada cosa en la dimensión del estar más allá; en la tentativa que se reestablezca la normalidad, las narraciones tienen que ser significativas, porque el cuento tiene que tener en cualquier caso su final y su desenlace. Después de su justa venganza, Odiseo tiene que regresar a Ítaca y recobrar sus cariños; a las puertas de la muerte, teniendo su razón recobrada, Don Quijote está obligado a tomar conciencia y comprender los errores que sus lecturas han ocasionado; Pinocho está condenado a ser normal para dar sentido a su caso y luego a dejar de ser una libre marioneta. La cancelación de la vuelta en la narración es muy parecida al caso de un niño que decide soltar el hilo de su cometa. Cada niño intenta soltar su cometa, pero sabe que si lo hiciera, la cometa se aflojaría y se caería el suelo. Por lo tanto, la narración es tensión y búsqueda y, por su obediencia a las reglas del cuento, se convierte en *evocación de y diálogo con* sujetos y mundos, activa entrelazamientos dinámicos dentro y fuera del texto. Éste es un objeto que tiene que ser interpretado y a su vez, es capaz de lanzar mensajes, estímulos y señales en muchos niveles.

En el espacio narrativo está el encuentro con el otro, el diferente, el desconocido: *en la y con la* narración se activan y se promueven los mecanismos de negociación y se pone en marcha un proceso de integración entre la unicidad de quien narra, intentando dar sentido a la vida del otro y a la singularidad de quien es sujeto de la misma narración como actor y protagonista del cuento (Santerini, 2008). Cuando se narra (sea que se respeten o que se subviertan los criterios de *La poética* de Aristóteles) se busca o se rechaza *la unidad de acción*, por medio de la presentación o no de la identidad del protagonista; sin embargo no se hace referencia a una unidad sustancial, unidimensional y rígida del contar (especialmente después de las experiencias y de los modelos narrativos del Novecientos) y se intenta abrirse a posibilidades inéditas y, en cierta medida, infinitas.

Narrar es representar, es lugar de encuentro y comparación, es también apertura en perspectiva y en función de horizontes móviles, que son expuestos y antepuestos a la interpretabilidad. Los recorridos y los campos del narrar se encuentran rígidamente flexibles, porque, aunque proponen una historia, tienen fuerza evocadora de la vuelta y del reenvío a otro y a otros, respondiendo así a una lógica coherentemente incierta, ya que está destinada a la interpretación. El criterio y la cifra, que connotan y definen el texto narrativo, siguen delimitándose y precisándose exclusivamente en términos hermenéuticos. La hermenéutica es la estrategia y la metodología más adecuada para lograr la comprensión del texto, de la narración y de la palabra (Muzi, Piromallo Gambardella, 1995). A la lógica de la descripción objetiva (propia de la epistemología), en la narración, se opone poéticamente y poiéticamente la alógica del reenvío y del posible. Sí la epistemología tiene como objetivo de atribuir la fenomenicidad de lo real a norma cierta, para poderle describir nomotéticamente según criterios trascendental, la hermenéutica tiene como su propio paradigma el de la coexistencia, de la pluralidad y de las diferentes *versiones del mundo*: el texto narrativo es lugar de

la composibilidad, capaz de hablar fuera del tiempo y del espacio (Piromallo Gambardella, 1992). En el texto narrativo dos verdades opuestas pueden coexistir coherentemente y lógicamente, así como ocurre en la experiencia cotidiana de la vivencia. Según Pirandello, de hecho, en la vida el plan del verdadero y el del verosímil no están separados ni se pueden separar a través de una línea cierta de confín, porque «*en la vida hay muchas absurdidades que no necesitan parecer verosímiles, porque son verdaderas*» (Salmeri, 1996).

También según Bateson (Bateson, 1984), los hombres piensan a través de las historias. Traer a la memoria experiencias, hechos y acontecimientos de las pasadas estaciones de la propia vivencia y restituirles por medio del narrar son acciones que constituyen y expresan una especie de mayéutica de la recuperación de las tramas, que individualmente y/o colectivamente describen, interpretan y representan la identidad. Ésta, en efecto, se encuentra consolidada y forjada por el paso del tiempo como experiencia de vivencia y por el planear del narrar, los cuales son todos factores capaces de dirigir una atribución de sentido y significado al existir del hombre.

La experiencia y la vivencia humanas constituyen una realidad y un proceso problemáticos y complejos, que se extienden tanto en el tiempo como en el espacio como una tensión que quiere producir manifestación y descubrimiento. Por lo tanto con respeto al existir, narrar es, como diría Lyotard, un *estar hacia*, un *aspirar a*, una apertura o una orientación hacia objetivos que nunca se han realizado completamente. En este sentido, a través de la narración del cuento y de la novela, la tarea de la educación es la de guiar cada sujeto al descubrimiento de su propia humanidad, según un camino de conciencia y dinámica y progresiva toma de conciencia. De esta manera se aprende que la propia identidad de una persona expresa una unicidad existencial no negociable e irrepetible, y que la dignidad del otro (hombre, mujer, niño, anciano, diferente) es valor absoluto e incondicional.

Narrar, contar y leer (Volpicelli, 2007) tienen la capacidad de exaltar el nexo constitutivo e inseparable que ata conocimiento y formación. Las fuentes del conocer, además, consolidan las calidoscópicas, policromas, pluriversas categorías de la formación. La experiencia del narrar y del narrarse, como conocimiento sedimentado y adquirido en el tiempo, mediante la práctica del contar y del observar que interpreta, es, bajo un perfil pedagógico, la fuente que expresa mejor el estar-en-el-mundo del sujeto y el desarrollo formativo del entero evolverse del existir humano en el camino que va del nacimiento a la muerte.

En este camino la relación con la realidad cambia en el tiempo, también por intervención del contar. Así, por ejemplo, mientras un niño ve en una puerta abierta un acceso, un adulto le ve solo un paso. La infancia es, pues, con respeto al hallazgo y la individuación de nuevos horizontes, sentido de lo posible, confrontación e interpretación infinitas (Bacchetti, Cambi, Nobile, Trequadrini, 2009). La adultez es, en cambio, predominantemente lógica y racionalidad, es decir estatismo, a menos que el adulto no logre construir un aflato empático de vida vivida con el mundo a través de la cultura, que es lo que no se puede perder, aun si todo se arruinará, como decía el filósofo megárico Estilpón (Arnheim, 1994).

El cuento de hadas representa una apertura en dirección de la categoría de lo posible y permite ampliar y recalibrar la comprensión, de manera que haga coexistir armónicamente los opuestos e imponga a su usuario una lógica totalmente diferente de la de la común experiencia. La narración del cuento de hadas educa al descubrimiento de las cosas y de sus sentidos en relación a los acontecimientos humanos, hace experimentar y activar la creatividad y consiente hallar e identificar *otros* significados que plasman y favorecen nuevos

conocimientos, nuevas conductas éticas y nuevos hábitos mentales (De Caroli, 2000). Haciendo referencia a una realidad *otra* con respeto a la vivencia usual de la experiencia y logrando suscitar en la fantasía una experiencia *otra*, una realidad diferente y/o distinta, la narración y el cuento de hadas determinan un nexo con la dimensión del símbolo que crea un sólido puente entre el narrar del cuento de hadas mismo y el mundo del arte y de la literatura, estimulando y promoviendo la formación del sujeto. Entrar en el mundo del cuento de hadas, del cuento y de la novela se iguala con la entrada en el mundo de los sistemas de valores, modelos, reglas y normas, ya que el arte reelabora y expresa esos horizontes (Xodo, 1990; Bachtin 1997 y 1998; Cambi, 1999).

La narración es una experiencia indispensable para la estructuración de una identidad que sabe abrirse y entonces aceptar un diálogo con la alteridad. La representación de los mundos, construida por el cuento, es efectivamente un interrogarse para interpretar y comprender, según un criterio hermenéutico democráticamente problematizador, que estimula respuestas no dogmáticas sino coherentemente y orgánicamente entendidas al cambio, la reciprocidad, el reconocimiento de la alteridad y la lectura *del y en el* profundo, según una lógica progresista (Salmeri, 2003). Para la pedagogía democrática y libertaria, contar e interpretar se convierten en campos fecundos para la promoción de una audiencia activa y productiva y saben favorecer la acogida y valorizar las diferencias.

Según la hermenéutica de Gadamer (Gadamer, 1983), de hecho, la alteridad, la diferencia y la pluralidad se encuentran en el lenguaje (es decir, narrar, contar y comunicar), ya que es éste la estructura abierta y problemática que inicia el diálogo, el encuentro y la relación ética que conducen a la *fusión de los horizontes*. La hermenéutica, además, no tiene leyes por prescribir ni normas por imponer, sino horizontes por proponer. En el campo de la hermenéutica llegan a ser practicables los caminos de integración y de confrontación, los cuales constituyen la ulterioridad de la mirada hacia el profundo de la alteridad del otro, que tendría que ser narrado, contado y principalmente escuchado. Solo en la reciprocidad del narrar/escuchar, en efecto, es posible imaginar y construir el encuentro y el diálogo entre las culturas: en la ignorancia se obran y se producen el equívoco y el enfrentamiento; en la cognición, en cambio, se da lugar a la relación que, kantianamente y utópicamente por el pedagogo y el escritor democráticos y progresistas, tiene como objetivo aquel reino de finalidades que prevé la pacífica coexistencia y la superación de cualquier forma de violencia y/o prevaricación con daños de los más débiles y/o diferentes. (Salmeri, 2013).

El cuento, el cuento de hadas, la novela y la narración constituyen, en general, el lugar en el cual se hace habitar un espacio *otro*. *En y con el* cuento, hasta el tiempo se despoja de su naturaleza de indicador del subseguirse de los eventos, de las vivencias y de las situaciones. En la narración, coexistencia y sucesión obedecen exclusivamente a la lógica/alógica de un discurso y de un diálogo infinitos, sin condicionamientos y/o vínculos externos. Narrar, cuando desplaze el espacio y deconifique el tiempo, se convierte en autoevidencia del encuentro, del Nosotros (como síntesis del Yo y de la Alteridad), alcanzando comunicar *sobre y en* el campo del posible, que se transforma en *catarsis*, purificación que permite el entrelazamiento del plan de la trascendencia con el de la inmanencia, así promoviendo una unión entre lo real y lo imposible.

En la narración, la educación no desempeña más el papel de la prescripción, sino es un indicar a través de la coimplicación de mensajes, que son cumplimiento y trascendencia del contingente. La narración, en efecto, es el lugar de una razón que ha abandonado los cimientos y las fundamentas del racionalismo mismo. Si por la contemporaneidad son la cotidianidad y la costumbre las que imponen y

definen los caracteres del devenir, de la acción y de la operación según las lógicas del mercado y de la economía; en el narrar, en cambio, por su presentarse y autorepresentarse, la libertad impone la búsqueda de la reciprocidad, del mútuo reconocimiento y de la escucha activa, que sabe transformarse y enriquecerse, convirtiéndose en principio productivo y emancipador. De ahí que el contar señale e indique los confines de la cotidianidad, descubriendo horizontes del sentido y de significación que no se hallan subalternados a los criterios del provecho y/o a las reglas de la mercantilización (Bauman, 2009).

En la narración se encuentran lo humano y lo divino, lo viviente y lo fantástico, lo real y lo imaginario y se convierten en un conjunto nada sosegado, sino *in fieri*, no amorfo, ni discordante, sino integrado y armónico; o sea un conjunto/sistema en el cual la singularidad y la totalidad se transforman en complementariedad, en recíproco respeto. El hecho de contar, así como el de educar, es, pues, una acción en función de lo posible, proyección en adelante, ansia por el porvenir y deseo de crecimiento para cada uno y todo el mundo. Narrar y educar son crecimiento y desarrollo, un avance y una superación mediante un diálogo que es un derribo de cualquier desacuerdo e injusticia en nombre de una *nueva paideia*, verdadera praxis/teoría y teoría/praxis de la democracia e inclusión omnilateral, sin condiciones.

Conclusiones

Hoy narrar, por el aburrido prosaísmo de la contemporaneidad (Bauman, 2008), parece haber perdido la dimensión evocadora y emancipadora de lo inconsciente. Sin embargo la educación, como práctica del encuentro entre lo posible y lo imposible, visible e invisible, finito e imponderable, tiene que restituir al cuento/cuento de hadas/novela su función evocadora y proyectiva hacia el infinito, el no conocido, el no concurrido. Narrando, en efecto, se actúan y se ofrecen rescate y *redención*, que no son restauración ni estatismo, sino aporía incesante, en la cual la contradicción representa la única y auténtica norma y evidencia, y que llegan a ser cumplimiento del sentido del vivir y del encuentro en el campo del humano, del espíritu y de la praxis de la comunión/solidaridad/cooperación (Gramigna, Righetti, Rosa, 2008).

En el curso de la narración, es la vida misma la que actúa y luego la representación que se transforma en la vida auténtica. Contar se convierte en universalización e interpretación de una dimensión utópica, profecía de transgresión que supera y que quebranta las normas en su realización del diálogo en el *hic et nunc*, el encuentro y el cambio pacífico y democrático entre el sujeto y la Alteridad (Salmeri, 2007). La narración se hace portavoz de una verdad *otra*, no necesariamente oficial, pero igualmente capaz de liberarse del miedo por su carácter, que no es abstracto ni conceptual, ni teórico y que está sujetado a la praxis y al devenir, al determinarse y al representarse del existir mismo. La narración del cuento y del cuento de hadas, por tanto, no habla del lenguaje de los conceptos, sino de una lengua compartida, una especie de *koiné* que crea, estimula y favorece un nuevo *pathos*, y que edifica los puentes que unen los planes de la historicidad y los del verosímil/posible/devenir.

En una época de fragmentación del trabajo y de tendencia a la hiperespecialización, el cuento/cuento de hadas y la novela representan una de las últimas posiciones dentro de las cuales el hombre/sujeto está legitimado a mantener un contacto con la vida en su perfección. La obra literaria y el arte tienen la capacidad de dar y restituir un sentido y un significado al devenir del ser y del vivir humanos, no obstante todo y todos (Barthes, 1995).

La narración está constantemente y perennemente abierta a nuevas interacciones con la diferencia, la marginalidad y la Alteridad en sus diversas decodificaciones, es decir a la *altruidad* del rostro humano (según el pensamiento levinasiano) en todas sus múltiples y plurales determinaciones. En esta misma onda, el concepto de un *todo*, cuyos elementos adquieren y reciben un sentido exclusivamente en relación propio a este mismo *todo*, se debe reconsiderar en relación al cuento y/o a la educación con mayor cuidado y profundidad (Borghi, 1992). Hermenéuticamente, en la narración, cada elemento es al mismo tiempo un representante de otro *todo*, en el cual y gracias al cual ese mismo se determina y recibe sentido. La narración (igual que la educación), por tanto es un campo de contacto y de contaminación, capaz de evocar símbolos y horizontes de separación y unificación, de conjunción y alejamiento, de proximidad y distancia.

Referencias

- Arnheim R., (1994). *Per la salvezza dell'arte*. trad. it. Milano: Feltrinelli.
- Bacchetti F., Cambi F., Nobile A., Trequadrini F., (2009). *La letteratura per l'infanzia*. Bologna: CLUEB.
- Bachtin M., (1997). *Estetica e romanzo*. trad. it. Einaudi, Torino 1997.
- Bachtin M., (1998). *L'opera di Rabelais e la cultura popolare. Riso, carnevale e festa nella tradizione medioevale e rinascimentale*. trad. it. Einaudi, Torino 1998.
- Barthes R., (1995). *Scritti. Società, testo, comunicazione*. trad. it. Milano: Adelphi.
- Bateson G., (1984). *Mente e natura. Un'unità necessaria*. trad. it. Milano: Adelphi.
- Bauman, Z., (2008). *La solitudine del cittadino globale*. trad. it. Milano: Feltrinelli.
- Bauman, Z., (2009). *Vite di corsa. Come salvarsi dalla tirannia dell'effimero*. trad. it. Bologna: Il Mulino.
- Borghi, L., (1992). *Educare alla libertà*. Firenze: La Nuova Italia.
- Bruner, J., (2002). *La fabbrica delle storie*. trad. it. Roma-Bari: Laterza.
- Cambi, F. (a cura di), (1999). *Itinerari nella fiaba. Autori, testi, figure*. Pisa: ETS.
- De Caroli, M. E., (2000). *Ancora le fiabe?*. Troina (En): Oasi Editrice.
- Gadamer, H. G., (1983). *Verità e metodo*. trad. it. Milano: Bompiani.
- Gramigna, A., Righetti, M., Rosa, C., (2008). *Estetica della formazione. La conoscenza nella bellezza*. Milano: Unicopli.
- Muzi, M., Piromallo Gambardella, A. (a cura di), (1995). *Prospettive ermeneutiche in pedagogia*. Milano: Unicopli.
- Piromallo Gambardella, A. (a cura di), (1992). *Luoghi dell'apparenza*. Milano: Unicopli.
- Salmeri, S., (1996). *Due proposte di lettura per un approccio al testo letterario: De Marchi e Pirandello*. Catania: CUECM.
- Salmeri, S., (1996). *I percorsi della differenza: ermeneutica e pedagogia*. Acireale-Roma: Bonanno.
- Salmeri, S., (2007). *I puzzle del riconoscimento e le tessere dell'identità*. Acireale-Roma: Bonanno.
- Salmeri, S., (2008). *Tracce, aperture e limiti del tempo. Itinerari di coscientizzazione attraverso la storia*. Roma: Anicia.
- Salmeri, S., (2011). *Lezioni di pace. Ripensare la criticità dialogica attraverso il contributo pedagogico di Aldo Capitini*. Leonforte (En): Euno Edizioni.
- Salmeri, S., (2013). *Manuale di pedagogia della differenza*. Leonforte (En): Euno Edizioni.
- Santerini, M., (2008). *Il racconto dell'altro*. Roma: Carocci.
- Volpicelli, I., (2007). Riflessioni sulla lettura, in Salmeri, S. (a cura di), *Linguaggi dell'educazione e paradigmi possibili in pedagogia*. (pp. 19-30). Troina (En): Città Aperta.
- Xodo, C., (1990). *Conti e racconti*. Teramo: EIT Editrice Italiana.

